

trario: lo cierto es que debemos estar á lo que la santa iglesia católica romana en la materia ha declarado y declarar.

CAPITULO QUINCE.

De algunos religiosos siervos de Dios, que yá eran difuntos en estos tiempos.

Yá será razon hacer memoria de algunos religiosos siervos de nuestro Señor, que por estos tiempos felizmente habian consumado el de su vida mortal, y pasado á la eterna. El primero que se me ofrece es el venerable padre Fr. Alonso de Solana. No he hallado de dónde fué natural, ni quién fuéron sus padres. En su mocedad fué escribano seis meses no mas, y decia despues que aunque se ajustó á los aranceles lo mas que pudo, necesitaba de muchos años de penitencia para satisfacer á aquel poco de escribano. Dejó esta ocupacion y fuese á la universidad de Salamanca en España donde estudió cánones, y graduado en aquella facultad trataba de acomodarse. En aquel tiempo llegando la cuaresma oyó predicar al padre Lobo (á quien llamaban el S. Pablo de sus tiempos) el gran peligro que corria la salvacion de los que atentos á las cosas de este siglo, solicitaban menos la salud de sus almas. Habiendo oido á aquel apostólico varon, se recogió á nuestra religion seráfica, que como tan apartada de las solitudes del mundo, le pareció puerto seguro para evadir la tempestad del naufragio. Vino á la santa provincia de Castilla, y pidió el hábito al muy docto y religioso padre Fr. Antonio de Córdoba, tan conocido

por sus escritos, que era provincial de la provincia. Concediósele, y asignóle el convento de S. Juan de los Reyes para que en él le recibiese, como lo hizo. El guardian del convento era un gran siervo de Dios: muchos de sus connovicios salieron extremados en virtud, y algunos de ellos fuéron obispos y prelados generales, previniéndole Dios con tantos ejemplares para que correspondiese á la vocacion con que fué llamado. Conoció ser divina, por la perfeccion á que se conoció aspiraba, y despues de profeso fué á vivir al convento de la Salceda, casa recoleta. Estaba en ella cuando el padre Albalate trajo á esta provincia la primera mision de religiosos de España, que se dijo. Allí persuadió al padre Diego de Landa, que como se ha visto murió obispo de esta provincia, para que viniese á la conversion de los indios de ella, como lo hizo. Solicitaba tambien traer al padre Solana, por la relacion que de su virtud y letras tenia, y excusóse diciendo que no se sentia con el fervor de espíritu que tan árdua empresa requería.

Venido el padre Landa á Yucatan, y viendo cuánto provecho haría en la conversion de estos indios, rogaba á nuestro Señor le inspirase la venida, y siempre que podia se la amonestaba por cartas. Al parecer oyó nuestro Señor estos ruegos, como dirigidos á su santo servicio y al bien de las almas, porque cuando fué el padre Fr. Lorenzo de Bienvenida la segunda vez á España, entre los demas religiosos que en aquella mision trajo, vino el bendito padre Solana. En breve comprendió la lengua de los indios, de tal suerte que despues fué maestro de ella muchos años. Escribió un vocabulario muy copioso, sermonarios y muchos sermones sueltos con tan gran propiedad, como si fuera indio muy versado en la policia de su idioma, muchos apuntes de la sagrada escritura y algunas historias. Averiguó y dejó mucho escrito de las antigüedades de es-

tos indios, que yá no se halla. Dice el P. Lizana que lo mas que escribió, en su devocionario lo sacó de los escritos de este venerable padre. Su vida dice que era como de ángel, porque toda la gastaba tratando de cosas del cielo. Era muy abstinente, y lo poco que comia era cocido en sola agua, con que se ve no solicitaba gusto sino simple sustento á la natural necesidad. A esto se le debió de seguir falta de calor, porque á la una del dia volvía la comida, y sin mas comer ni cenar pasaba hasta el dia siguiente, y así estaba siempre muy flaco. No le impedía esto predicar, escribir y enseñar continuamente, que aun los ratos de conversacion con los religiosos trataba de la administracion y lengua de los indios, y en otras materias traía un cuentecito para ejemplar de que se sacase algun provecho, y han sido muy celebrados por graciosos y sentenciosos.

Fué varon de mucha humildad y mansedumbre, muy amado de los indios. Nunca quiso officios de la religion, aunque tuvo muchos en la provincia obligado de la obediencia. Cuando le hacian guardian lo admitia, y en llegando al convento daba lo que habia en las oficinas á los pobres, y luego renunciaba. Admitian los prelados la renunciacion, como yá le conocian, y quedábase por súbdito en aquel convento. Esto hacia por quedar desocupado para los ejercicios referidos. De noche era tan contínuo el de la santa oracion, que no se sabia si dormía, ni cuándo pudiese. Finalmente dice el padre Lizana que oyó decir á un santo religioso de esta provincia que parecia Dios habia criado al padre Fr. Alonso de Solana para santo, y para que fuese parte de que gozasen de Dios muchos pecadores. Pasó de esta presente vida habiendo gastado mas de cuarenta años con tan santos ejercicios en esta provincia, y por esta cuenta murió por el año de mil seiscientos, poco mas. Su cuerpo está sepultado en el convento de Mérida, y dejó opinion de santo y docto, y en particular

de la lengua yucateca, que por sus escritos durará mucho su memoria.

Habia tenido esta provincia otro religioso llamado Fr. Francisco de Cuevas, natural de Murcia y hijo de la santa provincia de Castilla. Vino á esta en la mision que de España condujo nuestro santo padre Cardete el año de mil quinientos setenta y seis. Fué varon celosísimo de la honra de Dios, y así parecia rigoroso con los indios en razon de su cristiandad. En lo demas los trataba con amor, y á las necesidades de los pobres acudia con caridad. Fué tan observante religioso que nunca hubo que reprenderle. Habiendo ocupado treinta y dos años en la enseñanza de estos indios, murió el año de mil seiscientos ocho en el convento de Maní, donde quedó sepultado.

De la santa provincia de los Angeles vino á esta un religioso lego llamado Fr. Gaspar de Molina. Ejercitó con ferviente caridad el oficio de enfermero mas de sesenta años, y era excelente boticario. Llegó á tener tanto conocimiento en las enfermedades, que como si fuera médico muy docto curó muchos años con grande acierto. Por el aspecto pronosticaba al enfermo el peligro del achaque, y si decia ser mortal rara vez se vió viviese el paciente. Si le sentia peligroso, especialmente de noche, no se le quitaba un punto de la cabeza, y para poder asistir tenia una camilla con una piel de vaca y un cojinillo de lo mismo para reclinar la cabeza. No se le conoció celda, porque su habitacion era la enfermería, y en ella la del mas necesitado. Fué muy pobre, solamente á medio dia comia, no habiendo bebido chocolate, vino ni agua desde el medio dia antecedente. Vivió muy sano y entero. Fué Dios servido, para mayor mérito de su siervo, que le salió un accidente que llaman fuego á la cabeza, de que se le hicieron unos berrugones grandes, pero no se quejaba y se curaba él mismo: inflamósele el accidente has-

ta corroerle el casco, y conociendo su muerte pidió los Santos Sacramentos, los cuales recibidos dió su espíritu al Señor, que habrá remunerado caridad de tantos años continuada hasta el fin de sus días. Murió en el convento de Mérida: no he hallado qué año ni día.

El padre Fr. Julian de Cuartas fué natural de Almagro y hijo de la santa provincia de Castilla, de donde vino siendo corista, de edad de diez y nueve años. Supo la lengua de los indios con mucha perfeccion, y abrevió el arte por donde se enseña para facilitar la inteligencia de sus reglas. Fué causa de que haya muchos indios pintores, doradores y entalladores, porque aunque no sabia estos oficios, era muy ingenioso y procuraba saber algo de ellos para enseñarlo á los indios, que con maestros españoles se han perfeccionado tanto en ellos, que igualan á los muy buenos en sus obras. Causa ha sido de que haya particularmente en las mas cabeceras de las iglesias de esta provincia retablos de talla de escultura y de media talla muy vistosos y costosos. Tuvo natural inclinacion á la arquitectura, y así fabricó dos iglesias con sus conventos y algunas capillas mayores de otras, y donde estaba hacia relojes de sol de muchos modos. Fué observante religioso y especialmente pobre. Habiendo trabajado treinta y ocho años en esta provincia, murió á veinte y cuatro de mayo del de mil seiscientos diez con cincuenta y siete de edad.

El dia siguiente veinte y cinco de mayo pasó de esta presente vida el reverendo padre Fr. Fernando de Sopena tantas veces nombrado hasta este lugar. Fué natural de la ciudad de Mérida en este reino de Yucatan. Sus padres legítimos Hernando de Sopena conquistador de él y doña Maria Magaña nobles ciudadanos. Fué admitido á la religion siendo de pocos años, y criáronle aquellos primitivos padres con la perfeccion de observancia religiosa que en sus vidas dejó escrita.

Conócida en él muy hábil capacidad, por no haber en la provincia estudios con que fecundarla le enviaron á estudiar á México, de donde vino muy aprovechado. Tales prendas vieron en él, que no teniendo mas de veinte y ocho años de edad, entre tantos santos y ancianos religiosos le escogieron para su ministro provincial. Tan á satisfaccion de todos procedió, que en otras dos ocasiones yá queda dicho cuándo fué electo en la misma dignidad, y en una vacante de provincial en vicario provincial de la provincia. Por espacio de treinta años estuvo honrado del santo tribunal de la fé con el oficio de su comisario en todo este reino. Tuvo no solo en él, sino en los restantes, y aun en toda la órden, opinion de gran varon. Fué de natural muy apacible, observante religioso y pobre, sentia humildemente de sí, y fué dotado de muchos dones dignos de alabanza. Vivió sesenta y tres años, los cuarenta y ocho en la religion, sustentando esta provincia desde la primera vez que fué su superior en gran crédito y reputacion. Murió en el convento de Mérida dicho dia veinte y cinco de mayo de mil seiscientos diez años de achaque de una apostema.

CAPITULO DIEZ Y SEIS.

Prosigue la memoria de otros religiosos que sirvieron á nuestro Señor en esta provincia.

Aunque el padre Fr. Francisco Lozano vino á esta provincia despues de otros religiosos, de quien se trata en este capítulo, le nombro primero por haber precedídoles en la muerte. Fué natural del Alcarria en el

reino de Toledo, y recibió el hábito de nuestra sagrada religion en el convento de S. Antonio de la Cabrera, provincia de Castilla, y vino á esta en la mision que trajo el padre Fr. Juan de Padilla, siendo de cuarenta y cinco años de edad. Por esta causa supo poca lengua de los indios; pero ocupóle la obediencia haciéndole maestro de novicios, que educó muy religiosamente, como lo habia hecho en la recoleccion de S. Antonio donde recibió el hábito. Ocupaba lo mas de la noche en el ejercicio de la santa oracion, y así su continúa asistencia era en el coro, levantándose en pié cuando se cansaba de estar de rodillas. Su proceder fué de vida inculpable, su condicion y natural sencillo. Debilitado con la penitencia necesitó de pequeño achaque para pasar de esta vida pocos años despues de venido, y no se dice en qué tiempo, ni el convento donde está sepultado.

El reverendo padre Fr. Antonio de Ciudad-Real, hijo de la ciudad de este nombre, y en la religion del convento de S. Juan de los Reyes de Toledo, vino á esta provincia en la mision que trajo el santo obispo Fr. Diego de Landa, cuando volvió á ella consagrado. Era corista, pero gran latino y filósofo, y aprendió el idioma de estos indios con tanta perfeccion, que fué el mayor maestro de él que ha tenido esta tierra. Como tal predicó, enseñó y escribió sermones de santos y de todo el año con la mayor elegancia que pudo en esta lengua desearse. No solo hizo vocabularios, que el uno empieza con la lengua castellana, y el otro con la de los indios, pero compuso una obra tan insigne, que por su grandeza se llamó Calepino de la lengua maya ó yucateca. Contiene en limpio seis volúmenes de á doscientos pliegos de escritura cada uno, y con ella se resuelve cuantas dudas se ofrecen en la lengua de los indios, y se halla cuando se puede desear saber de sus diversos modos de locuciones, que son ca-

si innumerables, sin que se haya hallado falta de una voz tan sola siendo como es copiosísima. Ocupacion fué que le costó cuarenta años de trabajo, y si como es singular el idioma en esta tierra fuera general á otras, sin duda fuera de las obras mas celebradas que hubieran salido á luz en estos reinos.

No fué esta sola su ocupacion, porque conocido por persona de mucha capacidad y de buena disposicion para las materias de gobierno, lo traian de ordinario los provinciales por su secretario. Acompañó al muy reverendo padre Fr. Alonso Ponce de la santa provincia de Castilla, y décimoquinto comisario general de esta Nueva-España, en todos sus trabajos, aflicciones y destierro que refiere el padre Torquemada en su Monarquía indiana (y por eso y no ser propios de estos escritos omito referirlos.) Escribió, siendo su secretario general, un tratado curioso de las grandezas de la Nueva-España y sucesos de aquel pleito, como quien manejaba los negocios. Fué con el muy reverendo padre comisario general á Castilla, y habiendo muerto, determinó volverse á esta provincia á lograr en provecho de los indios la mucha lengua que sabia. Vino con los religiosos de la mision que condujo el padre Fr. Pablo Maldonado el año de mil quinientos noventa y dos. Holgóse mucho la provincia viendo restituido á ella un varón de tanta conveniencia suya, y despues fué electo provincial de ella como queda dicho. Amó á los indios tiernísimamente por tener un natural piadoso y mansedumbre extraña. Procedia con mucha madurez y atencion en sus acciones, no precipitándose sin recibir consejo para obrar en ellas. Como se encontró con la aceleración que el gobernador de esta tierra D. Carlos de Luna y Arellano solia tener en algunas suyas, queriendo que todas obrasen conforme su dictámen, hubo entre los dos los disgustos que quedan referidos en aquellos tiempos. En todo el discurso de sus peregrinaciones, y mientras es-

tuvo en España, nunca alzó la mano del trabajo de los escritos que he dicho llamarse Calepino, que así refiere el padre Lizana se lo oyó decir muchas veces. Habiendo dado loable ejemplo á los religiosos y seculares, así siendo prelado como súbdito, y tenido en opinion de observante religioso, pasó de esta presente vida en el convento de Mérida á cinco de julio de 1617 años, con 66 de edad y 51 de religion.

El padre Fr. Andres Clavijo, hijo de la santa provincia de Andalucia, trabajó en esta muchos años con aprobacion de religioso observante. Fué muy amado de los indios, con quien era tan apacible, que se acomodaba al parecer con ellos á comunicacion demasiadamente humilde. No le faltó censura que dijese no se daba á estimar como ministro del evangelio; pero llegado á su noticia decia: Que lo hacia por domesticar á los indios, á quien queria tanto, que no sabia cómo manifestarlo sino con allanarse á comer con ellos, y que su natural no le daba lugar á otra cosa. Cuando esto pasaba, bien domesticos estaban los indios, y así juzgo que era por ejercitarse humilde, y daba aquella razon por excusa para que no se entendiese así. Fué pobrísimo religioso, y de mucha caridad.

El padre Fr. Diego de Castro vino de España en la mision que trajo el santo obispo Landa. Salió de la provincia de Castilla siendo corista, y en esta supo muy bien la lengua de los indios, en cuya defensa y de la provincia trabajó, yendo á la real audiencia de México de donde sacó provisiones favorables. Fué despues á España de donde tambien les trajo algunas, y una mision de religiosos para que ayudasen á doctrinarlos: fué religioso pobre y amado de todos, porque á nadie agravió con obra ó palabra. Donde quiera que se hablaba, decia que allí era lo mejor del mundo, aun hasta el agua de el convento donde vivia. Fué especialmente devoto de la Virgen santísima madre de Dios;

y habiendo servido á esta provincia 40 años, el de 1613 dijo que su muerte habia de ser dia de la Natividad de la reina del cielo, y así se cumplió, con que se puede entender le alcanzó el premio de su devocion para que le gozase en la gloria.

El mismo año á trece de diciembre pasó de esta presente vida el padre Fr. Pedro de Oñate, vizcaino de nacion y natural de la villa de Oñate. Crióse desde niño en Castilla, y con todo eso aún yá viejo, no acertaba á hablar la lengua castellana. Recibió nuestro santo hábito en la provincia de Castilla, y pasó en la mision del santo obispo Landa, siendo yá sacerdote, gran latino y moralista. No habiendo podido saber la lengua castellana, supo perfectísimamente la de estos indios, á quien predicó y administró los Santos Sacramentos cuarenta años, y no cincuenta como dice el padre Lizana. Murió con opinion de observante religioso, teniendo de edad setenta y seis años.

Fr. Pedro del Almendral, religioso lego, pasó de la provincia de Castilla á esta de Yucatan en la mision que trajo el año de 1578 el venerable y santo padre Fr. Pedro Cardete, á cuya vida se da principio en el capítulo siguiente. Cuantos oficios de humildad tiene la religion, todos los sirvió con mucho amor y caridad. Fué tan observante, que nunca hubo que reprenderle. Su dormir era poco, su oracion mucha, y su caridad para con todos en superior grado, y al parecer no habia virtud en que no se ejercitase. Era muy entendido y de tal conversacion, que acomodándose á la de todos, los dejaba aficionados, y solian ser sus dichos como sentencias en las materias que se le comunicaban, por cuya causa le llamaban el santo discreto. Parece haber tenido espíritu de profecía. En una ocasion dijo á un Fulano del Barco, devoto suyo, que no saliese en una reseña de armas que se hacia por aquella ocasion. El por obedecer al bando que el gobernador ha-

bia publicado, salió con su arcabuz, y al primer tiro re-
bentó y le llevó una mano. Conoció con su daño el
secular que aquel bendito religioso su devoto habia si-
do inspirado del cielo para lo que le dijo, y así lo pu-
blicó, dando á todos grande ejemplo; y con aprobacion
de vida sirvió al Señor hasta doce de setiembre de mil
y seiscientos y quince años que pasó á gozar de la
eterna, y fué sepultado en el convento de Mérida con
aplauzo de varon santo. El padre Lizana tratando de
él: "No digo muchas maravillas y milagros que el Se-
ñor hizo por este su siervo, porque fuera alargarme
mucho; mas solo digo que vimos por nuestros ojos que
sanó enfermos que á sus oraciones se encomendaban,
y dijo algunas cosas que sucedieron, y solamente re-
fiere esta del arcabuz." Con sentimiento leo estas ra-
zones que da: unas veces, que porque lo testificaban
indios: otras, que por no alargarse: con que virtudes y
maravillas de siervos de Dios quedan ocultas, porque
yá no hay á quien preguntarlas para escribirlas, como
parece fuera justo para gloria de Dios, honra de sus sier-
vos y de esta provincia.

CAPITULO DIEZ Y SIETE.

*Da principio á la vida y milagros del venerable padre Fr.
Pedro Cardete, provincial que fué de esta provincia.*

Es la Divina Providencia admirable en sus dispo-
siciones, ordenando las cosas con fortaleza y dulzura.
Consérvalas con su poder como fuerte, y guíalas con
la benignidad de su clemencia suave, para que sus cria-
turas le alabemos y demos continuas gracias, y con la

experiencia de sus maravillas, venerándole poderoso, siem-
pre le esperemos benigno, si correspondiendo á lo fuer-
te de la vocacion santa con que para sí nos atrae,
nuestra tibieza no nos desvia del camino por donde la
dulzura de su suavidad la dispone. Manifestó por es-
tos tiempos lo magestuoso de su poder, conservando la
vida tantos años al venerable padre Fr. Pedro Carde-
te, ejercitado en ásperas penitencias, abstinencia sin-
gular y mortificaciones continuas, acompañadas de acha-
ques graves (regalo de siervos suyos), y juntamente os-
tentó la suavidad de su disposicion en la misma con-
servacion, para consuelo de sus fieles y ejemplo de to-
dos. Fué de los inmediatos á los primeros ministros
evangélicos que de España vinieron, y vivió hasta es-
tos tiempos, para ejemplar de santidad á los modernos
y atraccion de sus voluntades al divino servicio.

Fué nuestro venerable padre Fr. Pedro Cardete natu-
ral de la Mancha, y aunque no quedó escrito el nom-
bre de su patria y padres, supose que se crió con
buena enseñanza en servicio de un santo obispo.
Estudió la latinidad, y dado yá principio á la filoso-
fia le llamó Dios á nuestra sagrada religion siendo de edad
de quince años, y recibió el habito en el convento de S.
Juan de los Reyes de Toledo, provincia de Castilla. Co-
mo fue disposicion divina la que le guiaba á ser un
gran siervo del señor, desde luego comenzó la gracia á
manifestar su poder en el ánimo de nuestro venerable padre,
correspondiente á la vocacion santa. Ayudó á la buena
inclinacion de su fervoroso espíritu con las ejecuciones
virtuosas, y llevando tras sí la atencion de todos los religio-
sos admiraba ver en tan tierna edad y tan presto muestras de
santidad grande y virtud perfecta. Era en lo natural de
buen rostro, muy blanco y perfecto en la composicion
de su cuerpo, con que todos daban gracias á Dios vien-
do en un sugeto tantos dones de naturaleza y gracia. Es-
tudió la filosofia en la órden y la teología, en que se